

CELEBRIDADES FEMENINAS

por la Profa. CONSUELO AGUILAR VDA. DE GALVIN

A mi madre; a mis hijas.

Muy pocas veces habéis visto esta tribuna ocupada por una mujer; por esta causa, sin duda, esperáis mucho de mí; y mi primera preocupación, por tanto, es causaros una desilusión; ya que el estar aquí, el haber sido recibida en el seno de esta benemérita Sociedad, no se debe a mis méritos personales; sino a la bondad e interés de amigos míos muy estimados. Por otra parte, su pensamiento al traerme aquí es sin duda que yo pueda desarrollar mis grandes anhelos de mejoramiento intelectual y científico; y por este bondadoso pensamiento, antes que otra cosa, me permito darles las gracias.

Mi segunda preocupación es el tema que voy a tratar. Preparaba algo esencialmente geográfico, pues la ciencia que de modo preferente cultiva este Instituto es la especialidad a que me he dedicado, y sobre la cual he hecho algunos ensayos en la enseñanza; pero el Sr. Presidente, al entregarme el diploma que me acredita como miembro de esta Sociedad, me indicó que deseaba oírme hablar del tema que me ocupará en esta noche. Quiso que una mujer os hablara de otras mujeres que, en diversos aspectos, hubieran adquirido celebridad.

Le doy las gracias por su galantería, pues una vez más se ha mostrado perfecto caballero, y por haberme ahorrado la tarea de invadir el terreno científico donde todos mis distinguidos colegas son maestros consumados, y donde hubiera apa-

recido yo quizá con la torpeza de un niño que da los primeros pasos.

En cambio, el asunto que voy a desarrollar, la mujer, es tan accesible a todos, que no sé qué pueda decirnos, cuando tantísimo se ha dicho ya, llenando numerosos volúmenes; y cuando autores eminentísimos la han juzgado individual y colectivamente, desde el punto de vista psicológico, político y social; y cuando pensándolo bien y agitando toda la Filosofía y la Literatura, quedará siempre como la eterna incógnita, como el perpetuo enigma, como el aroma indefinible de una flor!

Me indicó el Sr. Creel, que estudiara diez mujeres célebres, y apareció en ese instante en mi memoria una pléyade, apresurándose cada una por ocupar un lugar prominente en mi pensamiento. Antojóseme entonces que contemplaba un firmamento poblado de estrellas de todas magnitudes; y en cada estrella veía fulgurar un nombre; veía asomarse una personalidad que ha quedado consagrada en las páginas de la Historia.

¿Pero escoger diez entre esa multitud? ¡Claro! había algunas que, semejantes a Sirio y Aldebarán, herían con más brillo y luminosidad mis pupilas; nombres notables, que oímos mencionar constantemente y con cuya existencia estamos muy familiarizados, porque de un modo o de otro han afectado la vida de la Humanidad, ya modificando hechos aislados, ya marcando épocas con un sello especial.

¿Quién no conoce a Elena, la causante de la guerra de Troya? ¿a Cleopatra, la reina egipcia que arruinara a Marco Antonio y decidiera los destinos de Roma? ¿a Juana de Arco, la iluminada que salvara a Francia, muriendo mártir de una noble causa? ¿a Isabel la Católica, nobilísima Reina castellana, que con criterio e intuición singulares para su época, sacrificara lo más preciado para una mujer, desde el punto de vista material, haciéndose inmediata colaboradora del descubrimiento de un nuevo mundo? ¿a Isabel de Inglaterra, que al prescindir de algo de que rara vez prescinde una mujer, del corazón, dejó de serlo realmente para convertirse en una gran gobernante, a quien Inglaterra misma llama su "Reina Vir-

gen" y le rinde homenajes como a una de sus mayores celebridades, dando al olvido sus faltas de mujer?

Pero hay celebridades, como esta última, como las dos primeras, que recordamos con interés, pero que nada agradable dicen a nuestras almas; que si provocan admiración, no inspiran simpatía.

Esto es algo tan real, que puede comprobarlo el visitante de la Abadía de Westminster, al entrar en la capilla de Enrique VII, donde están enterrados los soberanos británicos, y ver cómo se pasa ligeramente, con interés, pero sin afecto, frente al mausoleo de Isabel, inmoladora de la Reina María Estuardo, mientras se permanece largo tiempo y poseído de una profunda compasión, rindiendo silenciosamente un tributo imperecedero de simpatía ante la tumba de la infortunada víctima.

Aún quedan sorprendentes genios femeninos, de una pureza y de un misticismo grandes, que nos han dejado joyas morales y literarias inapreciables; tales son Santa Teresa de Jesús y nuestra inmortal Sor Juana.

A ésta podemos colocarla como estrella de primera magnitud, sin temor de que sea opacada por otra alguna, ya que fue en su tiempo y en su medio, cuando estaba negada a la mujer toda manifestación de su talento y de sus facultades, todo desenvolvimiento y criterio propios, un genio brillantísimo, que, de haber vivido en nuestra época, hubiera desarrollado las facultades suyas hasta convertirse en un gran psicólogo y sociólogo, que levantaría muy alto el estandarte de los derechos de la mujer mexicana, que se encuentran, desgraciadamente, en la infancia de su desenvolvimiento social y político.

Pero me estoy apartando del propósito de no hablaros de quien tanto conocéis y de quien tantos otros muy bien os han hablado; y aunque sea brevemente algo os diré de algunas otras mujeres, ya con nombres concretos o en abstracto, que semejantes a las estrellas que ora por su lejanía, ora por nuestro desconocimiento de ellas, sólo en sus pálidos reflejos han llegado hasta nosotros; pero que envueltas en tenue claridad

nos revelan luminosidades enormes, arcanos insondables de talento, de energía, de virtud o de heroísmo.

Si en la naturaleza faltara la mujer, aquélla sería incompleta. La mujer ha sido clasificada como la obra máxima de la creación, puesto que por ella se perpetúa la vida. Debe ser, por lo tanto, un resumen de perfecciones casi divinas; y así entendida, se espera mucho de ella. La que no responde a esas esperanzas contrae una grave responsabilidad y en cambio recibe el más cruel de los castigos: el del desprecio o el del olvido; en tanto que la que satisface las ilusiones que sugiere, merece la admiración de los hombres y la gratitud de la posteridad. A esas mujeres se las convierte ya ostensible, ya calladamente, en diosas a quienes se rinde un culto inmortal.

De algunas de ellas voy a hablaros esta noche; y aunque para el talento, la ciencia y las virtudes todas las nacionalidades se borran y se esfuman las fronteras, he procurado escoger un grupo de mujeres de diversa nacionalidad, para demostrar que en todos los ámbitos de la tierra se encuentran mujeres superiores.

AKIKO YOSANO

Tiene el Oriente para nosotros la atracción de lo desconocido, de lo antípoda. Sus religiones diferentes de las nuestras; sus filosofías fundamentales distintas, sus leyes y sus costumbres y su vida entera han puesto siempre una línea divisoria tan marcada, una barrera tan singular, que sólo una minoría las ha franqueado.

También la mujer en esos lejanos pueblos es diversa de nosotras; allí ha tardado mucho en despertar del letargo de esclavitud y poquedad en que injustos hábitos y preceptos la tenían sumida.

El Dr. Albert Edward Wiggam dice que: "El criterio de un avance social y mental de un pueblo puede medirse por el grado de estimación y honor tributado a sus mujeres." ¡Qué criterio, pues, tan oscuro debe haber sido el de los pueblos en

que las mujeres tan sólo eran instrumento de trabajo o de placer!

Se las obligaba, en efecto, a tomar parte activa y casi integrante en los trabajos materiales más rudos; pero se las negaba el acceso al mundo intelectual. Mas así como la civilización se fue abriendo paso a través de la muralla mongólica, así la luz fue penetrando en los espíritus de las mujeres orientales, rebelándolas contra las injusticias de la tradición, y alumbrándoles los senderos de la oportunidad. Por lo mismo, actualmente van recuperando el tiempo perdido y se van abriendo paso hacia la liberación y, con ella, hacia la celebridad.

Varias mujeres notables podría mencionar en el Oriente, sobre todo en el Japón; pero escogiendo en el campo de la Literatura, a una me concretaré tan sólo.

Akiko Yosano es el nombre de una célebre poetisa y novelista japonesa, que nació en la ciudad de Sakai, cerca de Osaka, el 7 de diciembre de 1878.

Hija de Sochichi Otori ingresó en el Seminario Femenino, en donde terminó brillantemente sus estudios en 1894; y acaso su atracción hacia la Literatura fue una de las causas que hicieron que de ella se prendara el literato y poeta Hiroshi Yosano con quien contrajo matrimonio, alcanzando ambos esposos la notable reputación de que hoy disfrutan en el mundo literario.

Notables, en efecto, se juzgan las obras literarias de Akiko Yosano, quien ha tenido un marcado empeño por transformar la antigua poesía adaptándola a las modernas tendencias; y a ella se la considera como la iniciadora, desde 1900, del movimiento literario moderno de su país. Sus "Misceláneas Literarias", su "Colección de Poemas", su "Colección de Poesías", su "Colección de Comentarios", y sus "Cuentos para Niños" le han dado marcado renombre, y todavía entre esa obra literaria se destacan "Dokuso", "Koogi" y "Midaragami."

Tan alto es el prestigio que Akiko Yosano ha logrado en el Japón, que se la compara a Murasaki Shikibu, la mujer de letras más prestigiada que en lo antiguo produjo el país ni-

pón: la autora de las obras que llevan el nombre de "Genji Monogatari", las cuales han merecido ser traducidas al inglés, al alemán y al francés.

RICARDA HUCH

La falta de un general conocimiento de la lengua alemana entre nosotros ha tenido quizá, más que otra circunstancia, la culpa de que se ignore en parte lo que valen y significan la Ciencia y la Literatura del país de Kepler y de Kant, de Goethe y de Schiller.

Y sin embargo, cuánta importancia tienen para la historia de la cultura humana. De 1385 data la Universidad de Heidelberg; cinco universidades vienen desde el siglo XV, y cuatro desde el siglo XVI. Astrónomos, filósofos, matemáticos, geólogos, químicos, biólogos, sabios de todo género van mano sobre mano con literatos, con artistas de universal renombre.

Cabe agregar, que si la mujer no tuvo siempre la libertad de que goza hoy, no se la encerró en infranqueable prisión intelectual, como otros países lo hicieron; sino que muchas, provenientes de otros lugares, se refugiaron en Alemania para buscar en ella el alimento espiritual que anhelaba su inteligencia, los conocimientos que les dieron después muy alto renombre.

Y muchas son las mujeres alemanas que han alcanzado merecida distinción; mas ya que debo concretarme a mencionar una sola, escogeré como alto tipo de intelectual a Ricarda Huch, honra de la Literatura alemana.

Hija de un comerciante, nació en Brunswick el año de 1864; y si bien hizo allí sus primeros estudios, pasó luego a Zurich para hacer los superiores, hasta graduarse en 1891. Ya graduada, sus aficiones al estudio la llevaron a ser Secretaria de la Biblioteca Pública de la misma Zurich, y sus anhelos por la enseñanza la convirtieron en Profesora en Bremen. Después quiso con los viajes ampliar su cultura y vivió en Trieste, en Florencia, en Munich y en Viena, recogiendo en su retina y en su cerebro los elementos que habrían de hacer de ella la fecunda e inspirada novelista que fue después.

Probablemente su obra más importante es la intitulada "Recuerdos de Ludolf Urslau el Menor", y a ella deben agregarse "Un Baile Lunar en Jauja", "Diabluras", "El Callejón del Triunfo" y la colección de novelas cortas que intituló simplemente "Erzählungen" -Novelas.- Luego entra en el campo de la novela histórica, y produce: "La Defensa de Roma", "La Lucha por la Caída de Roma" y la "Vida del Conde Federico Confalonieri."

La poetisa tuvo su primer triunfo con el tomo de "Poesías" que publicó en 1894, y aquel triunfo resultó perfectamente confirmado con las "Nuevas Poesías" que dió a la publicidad más tarde.

Adolf Bartels, en su interesantísima "Historia de la Literatura Alemana" considera a Ricarda Huch como "la unión más completa entre el espíritu romántico y el moderno" (pp. 587 y 588) y cabe agregar para concluir esta ligera semblanza, que todavía esta eminente escritora llevó sus actividades hacia un nuevo campo, el de la Historia, en sus dos importantes libros: "Historia de Garibaldi" y "La Gran Guerra", refiriéndose a *la guerra de treinta años*, que encerró en tres volúmenes, los cuales ratificaron la fama de Ricarda Huch, tan justamente adquirida.

SOFIA KOVALEVSKY

¿Quién pudiera dudar de la formidable potencialidad eslavava para todas las ramas del saber humano? Allí los grandes genios son exóticos; su alma parece más compleja que la nuestra; llegan a alturas inconmensurables o a profundidades insondables.

Para mí, esencialmente latina, tienen una atracción formidable, indefinible; me llegan hasta el fondo del alma y, sin embargo, no acabo de comprenderlas. Su Arte, su Literatura, su Filosofía se imponen, pero son muy discutidos; y por ello, al elegir una celebridad rusa, recayó mi predilección en una ciencia exacta que no dejara duda acerca de su indiscutible superioridad.

Sofía Kovalevsky, o, por mejor decir si hemos de recordar su nombre de soltera, Sofía Krukovsky, hija del General Corvin Krukovsky, nació en Moskow el 15 de enero de 1850; y no se conformó en sus anhelos de cultura intelectual con simples y sencillos escauceos en la Literatura para los que suele bastar el solo conocimiento del corazón humano —acaso, sin embargo, uno de los más difíciles conocimientos—; no, no se conformó, y su ansia de elevarse hasta los niveles más altos que puede alcanzar la inteligencia, la llevó al estudio de las Matemáticas.

Pero éstas, ciencia pura y profunda, no eran consideradas en aquella época estudio apropiado para las mujeres, y las universidades rusas se encontraban cerradas para ellas.

No hay obstáculos, sin embargo, para una voluntad decidida, sobre todo si esa voluntad es de una mujer; y Sofía Krukovsky no vacila aun en contraer matrimonio con el joven estudiante Waldemar Kovalevsky, para poder salir de Rusia; y con él parte rumbo a Alemania a fin de continuar sus estudios.

En la Universidad de Heidelberg primero, y más tarde privadamente con Karl Weierstrass en Berlín, se entrega de lleno a su ciencia favorita y preferida, hasta que en 1874 la Universidad de Goettingen le otorga el grado ambicionado. Por cierto, que tal otorgamiento reviste forma singular, porque se la dispensa del examen oral, en vista de las tres admirables tesis que tan extraordinaria estudiante presenta; y de las cuales una, la relacionada con la teoría de las ecuaciones diferenciales parciales, está considerada como “una de sus más valiosas obras.”

Vuelve a Rusia cuando su esposo es nombrado profesor de Paleontología en Moskow; pero Sofía, que en viuda poco después, es llamada a Estocolmo para dar conferencias en la Universidad, y a poco recibe el honor de ser nombrada Profesora en aquel instituto, en el que desarrolla sus facultades, hasta que muere en 1891.

Dos son quizá los mayores triunfos de Sofía Kovalevsky: fue el primero el haber obtenido el premio “Bordin” ofrecido por la Academia de Ciencias de Paris para quien mejor resol-

MEXICANA

LIBRARIES BOUGHT & SOLD

BIBLIOGRAPHICAL RESEARCH

Paul Van de Velde

APARTADO 2919

MEXICO, D. F.

Industria Textil

CASI REGALADO: Telares para colchas y toallas, maquinillas "chacala", pesas para pabellón, Bandas cuero, canillas de pié y de trama, tanques para tintorería.

Plaza Rocha 21 Azcapotzalco, D. F.

Porrúa Hnos.

LIBRERIA

Av. Argentina y 1ª Justo Sierra

MEXICO, D. F.

DISPONIBLE

BOTAS

LIBRERIA EDITORIAL

1ª BOLIVAR 9

El 5 de Mayo

Papelería, Libros y Utiles Escolares

Fabricación de sellos de Goma

Av. 5 de Mayo 39 D. Tel Eric. 3-48-87
MEXICO, D. F.

Augusto Prister

Ing. Químico Industrial

GRAL. ESCOBEDO 4

TACUBAYA, D. F.

DISPONIBILE

viera el problema consistente en "perfeccionar en un punto importante la teoría del movimiento de un cuerpo sólido al rededor de un punto inmóvil."

Se consideró tan notable la solución presentada por la matemática rusa, que el importe del premio se duplicó, tomando en cuenta el mérito singular de aquel trabajo.

El otro éxito, el que quizá fue para Sofía Kovalevsky más satisfactorio desde el punto de vista espiritual, consistió en haber sido electa miembro de la Academia de Ciencias de San Petersburgo. La joven que un día tuvo que huir de su país para colmar sus ansias de saber, alcanzaba ahora el más alto honor que ese mismo país podía otorgar a un intelectual; y tal honor se acrecentaba en grado sumo, al ser discernido a una mujer.

Sofía Kovalevsky será siempre un motivo de orgullo para nuestro sexo que anhela por llegar a la cumbre de la cultura y del saber.

MARIA SKLODOWSKA (MAD. CURIE)

Consideraría incompleto mi trabajo, si omitiera el nombre de otra representante distinguidísima de la raza eslava: María Sklodowska, más conocida por Madame Curie, la genial descubridora moderna a quien todos vosotros conocéis.

Infatigable colaboradora de su esposo, realizó uno de los más interesantes y útiles descubrimientos, y se ganó por ello el respeto y la admiración del mundo intelectual.

María Sklodowska y su esposo Pierre Curie se nos presentan realizando la perfecta unión que debería existir entre dos seres de opuesto sexo, es decir: igual potencialidad, igual ambición de mejoramiento, igual finalidad de miras, de amor y de sacrificios. Si todas las uniones pudieran ser tan homogéneas; si se buscaran compañeros de afinidad intelectual y moral, siguiendo el ejemplo de los esposos Curie, se curarían más cánceres sociales que los que pueda aliviar su admirable descubrimiento del radio, y una fuerza más formidable que la de este metálico elemento químico vivificaría el organismo social.

En Varsovia vino a la vida, a 7 de noviembre de 1867, esta célebre polaca; y la sola circunstancia de encontrar a María Sklodowska convertida en Mad. Curie, nos revela que al igual que Sofía Krukovsky, tuvo que salir de su país, dominado entonces por Rusia, para buscar los horizontes que su inteligencia necesitaba. Y cupo a Francia la fortuna de que la eminente hija de Polonia desarrollara en suelo francés su vida científica, que tan singular renombre debía alcanzar más tarde.

Si al estudiar la historia del radio y de la radio-actividad se ve uno forzado a tributar gloria mayor a la esposa que al esposo, hay algo, sin embargo, en que los dos son héroes por igual: en la paciencia y en la perseverancia con que ambos se dedicaron a sus investigaciones científicas, en medio de las mayores privaciones de carácter económico; en medio de la indiferencia que los rodeó, antes de que su triunfo se impusiera en todos los ámbitos del mundo.

Recordemos brevemente los hechos principales relacionados con este trascendental descubrimiento.

Becquerel observó ciertas emanaciones semejantes a los rayos X en algunas preparaciones de uranio; y aquel descubrimiento movió a Mad. Curie a efectuar un examen sistemático de un gran número de elementos químicos y de sus compuestos, a fin de ver si poseían radio-actividad como el uranio, propiedad que, además de haber sido observado en éste por Becquerel, lo había sido, de modo independiente, por Schmidt.

Los resultados no se hicieron esperar, ya que encontró que la radio-actividad de varios compuestos de uranio era una propiedad atómica, o lo que es lo mismo, "la radio-actividad era proporcional a la cantidad de uranio presente, e independiente de su combinación con otras sustancias."

Este descubrimiento la llevó a la conclusión de que "si la radio-actividad era un fenómeno atómico, sólo podía explicarse por la presencia en estos minerales, de otra sustancia más activa que el uranio mismo", y su esfuerzo tendió luego a separar esta nueva sustancia radio-activa.

El gobierno austriaco proporcionó entonces a la eminentísima polaca, que todavía tenaz luchaba con miserias y que-

brantos económicos en unión de su esposo, una tonelada de residuos provenientes de los grandes talleres donde en Bohemia se extrae el uranio de la uranita. De tales residuos, Mad. Curie logró separar una sustancia mucho más radio-activa que el uranio, y a la que llamó "polonium", en honor de su patria Polonia.

Pero no se conformó con los resultados obtenidos aquella trabajadora admirable, y siguió en sus pacientes investigaciones que al fin le revelaron la presencia de una segunda sustancia radio-activa, que recibió el nombre de "radium." Tal sustancia tiene una radio-actividad que alcanza al rededor de dos millones de veces más que la que produciría un peso igual de uranio.

María Sklodowska, o mejor en este caso, dada la comunión de ideas y de esfuerzos con su esposo, Mad. Curie, había realizado uno de los más portentosos descubrimientos modernos.

Un accidente arrebatóle a su compañero; sola entonces, pero animosa siempre, ha continuado su labor no interrumpida, que la ha constituido en una de las figuras más admirables y más admiradas de nuestros tiempos; admiración que no ha sido capaz de alterar la modestia y el desinterés que siempre la han caracterizado.

ROSA BONHEUR

Trasladémonos de nuevo a Francia; pero no al brillo de los palacios, de los castillos y de los tronos; no al lado de las cortesanas, ni de las pomposas literatas, ni de las reinas santas, ni de las reinas mártires; sino a una pequeña aldea, cerca de Fontainebleau, llamada By. Allí veremos acabar sus días tranquilamente a una viejecita nacida en Bordeaux 67 años antes; a una artista que en sus concepciones fue firme y masculina, y que sin embargo tomó siempre un interés femenino y tierno por todas las cosas dulces y afectivas. Me refiero, en suma, a Rosa Bonheur, de quien Víctor Hugo hizo el siguiente cálido elogio:

"El atrevimiento de sus concepciones resulta sublime. Como artista creadora, la coloco en primer lugar entre las mu-

jeros; y si me preguntáis la razón por la cual se destaca tan por encima de sus contemporáneas, acallando por la majestad de su trabajo a todo detractor, os diré: que es porque escucha a Dios y no a los hombres; porque es sincera con ella misma."

Sí, Rosa Bonheur fue sincera con sus inclinaciones, con sus aspiraciones; no permitió que las cadenas de los prejuicios, de las necesidades materiales de la vida diaria la afiliaran en el rango de las conformes con la miseria de una existencia mediocre. Prescindió casi hasta de su sexo, pues tenía que ir vestida de hombre al Louvre para no llamar la atención y poder desarrollar su talento y su temperamento artístico.

¡Y en qué forma logró sus propósitos! Sus cuadros pronto ganaron definitivo triunfo sobre la crítica y en seguida comenzó para la artista el camino ascensional.

Fue, en efecto, la primera mujer condecorada con la cruz de la Legión de Honor, y recibió todos los honores que el hombre puede dar; fue uno de los pocos genios reconocidos en vida; fue rica y fue amada de cuantos la conocieron.

Sin embargo, Rosa Bonheur nunca se envaneció de su talento. Vivió humilde y retirada, en contacto con la naturaleza, de donde supo derivar toda su inspiración.

En mis vagares a través de las galerías del Museo Nacional de Arte de la ciudad de New York, que tantas joyas encierra, ¡cuántas veces me detuve absorta ante una de las más hermosas obras que la naturaleza inspiró a la ilustre artista francesa!

Es la "Feria de Caballos" uno de los tres cuadros que más renombre le dieron: los otros dos son: "Arando en Nivernais" y la "Cosecha de Heno en Auvernia." Y de qué modo maravilloso supo Rosa Bonheur infundir vigor, aliento, vida a los recios animales que irán en el trabajo a que se les destine a convertirse en los mejores y más sufridos auxiliares de sus nuevos dueños.

Sólo un observador directo de la naturaleza pudo con tanta verdad realizar aquella obra extraordinaria. Por esto todos aquellos para quienes el arte constituye la parte más elevada y esencial de las sensaciones humanas; los amantes de la na-

turalidad y del talento y de la discreción, le rendimos a Rosa Bonheur los homenajes de nuestra admiración sin límites.

MARIA WOLLSTONECRAFT

Es María Wollstonecraft una de las figuras más interesantes de mujer que existen; execrada al principio, amada más tarde, se ha ido haciendo cada vez más importante, de igual manera que vemos agrandarse en una pantalla cinematográfica una figura pequeña y borrosa que se convierte al fin en una realidad clara y definida.

A María Wollstonecraft, nacida en Londres en 1759, se la llama "la madre del feminismo." Natural es, por lo tanto, que me ocurriera hablar de ella; pero prescindo aquí de la mujer, que incurrió en errores; considero solo al apóstol que tosca y burdamente, a la manera de aquellos que escogiera el Divino Jesús, delineó por vez primera los derechos de la mujer, como aquellos delinearon los fundamentos de una nueva moral, probando que si físicamente era acaso inferior al hombre, tenía por vía de raciocinio, que ser su igual moral e intelectualmente.

"La razón, nos dice, nos ha sido dada en común al hombre y a la mujer; es una emanación divina; ¿cómo suponer que pudiera diferir al manifestarse en diferentes sexos? La verdad es una; por lo tanto, toda razón debe ser igualmente capaz de discernirla; y al reconocer el bien y el mal, no hay derecho a suponer que el hombre sea sólo el capaz de ver la diferencia."

Tal es fundamentalmente la teoría del feminismo de María Wollstonecraft, que no se esfuerza en probar metiéndose en profunda filosofía; pero sí trata de demostrar cuáles son los motivos que ha tenido nuestra sociedad, siendo civilizada, para impedir a la mujer manifestar su igualdad natural. El mayor es que para conservar el hombre el ascendiente que le da su vigor físico, tiene que declarar a la mujer inferior intelectualmente, como único medio de hacer su dominación permanente y segura.

Eso en cuanto al hombre: en cuanto a la mujer, satisfecha

por los homenajes que aquel rinde a su belleza, se resigna a hacerle el sacrificio de sus facultades más elevadas; se convierte en un pájaro enjaulado, que pierde a cambio de la subsistencia y de las adulaciones su salud, su libertad y aun su virtud.

Hay que advertir que María Wollstonecraft, feminista, no fue, como tal vez podría creerse, una mujer carente de belleza, o una mujer odiadora del hombre; y hay que insistir, por otra parte, en hacer constar que fue más severa para juzgar a la mujer, que al hombre mismo, indignándose contra la creencia de que la bondad y la sensibilidad sean un amparo suficiente para aquella.

“¿Cómo pueden ser las mujeres, comenta, buenas, justas y generosas estando convertidas en esclavas de la maldad y de la injusticia y de la crueldad?” Luego acusa a nuestro sexo de bajeza, hipocresía, egoísmo y falta de corazón, y nos lo muestra en el más bajo grado de depravación.

Dos reformas prácticas sugiere después, a fin de que la mujer, que era una hermosa flor que sonríe al inclinarse el hombre para aspirar su aroma, se convierta en un miembro útil a la sociedad: autorizarla a participar con el hombre, de la educación y del gobierno; anhela finalmente, que todas las carreras le fueran permitidas, y que tenga los mismos derechos civiles y políticos que el hombre. Estas ideas en su tiempo causaron, naturalmente, enorme sensación.

Su libro, como casi todos los orgienes, es deficiente: como filosofía, en general es mediocre, y como literatura pésimo; mas puso los cimientos de un edificio que constantemente eleva al cielo sus baluartes cada vez más seguros. Y por ellos vemos asomarse, como centinelas fieles de los derechos femeninos que cada día se ven más patentes, a mujeres tan distinguidas como la Sra. Ruth Bryan Owen, representante del Estado de Florida en el Congreso de la Unión Americana y miembro del Comité de Relaciones Exteriores; o como la Srita. Margaret Bondfield actual Ministro de Trabajo y primera mujer que ocupa tan alto puesto en el Gabinete Británico; o como la Doctora Florence Rena Sabin, del Instituto Rockefeller de Investigación Médica, a quien se acaba de otorgar

honrosísimo premio, por haber sobresalido entre los médicos norteamericanos en su trabajo de investigación para determinar la exacta naturaleza de la tuberculosis y facilitar así su curación.

Estos ejemplos, e incontables otros que aquí es imposible mencionar, demuestran que no en vano María Wollstonecraft invocó nuestros derechos; y que a pesar de sus faltas y deficiencias, todas las mujeres que por afición o por necesidad militamos en el ya numeroso batallón de luchadoras por la vida, debemos considerarla como la sembradora que abrió el surco donde habría de germinar la semilla que les da el pan a nuestros hijos, evitándonos la humillación de recibirlo como una dádiva. Nosotras, por fortuna, hemos visto la aurora del nuevo día, que no vio ella cuando se lamentaba de la desgracia de ser mujer.

MARIA MONTESSORI

La niñez es siempre objeto de una especial atención; nos provoca ternura e instintivamente sentimos el imperioso impulso de protegerla, de procurarle ayuda y de evitarle daño.

La mujer que no ama a los niños, [que no desea ser madre, es anormal; aquella, en cambio, que dedica su existencia a procurar su mejoramiento físico e intelectual, posee plenamente las facultades, las cualidades extraordinarias que al renovar el mundo infantil, lo harán vivir más plenamente en cuanto a la parte física; más amplia y elevadamente en cuanto a la parte moral e intelectual, y, por lo mismo, tales mujeres merecen una especial atención.

Al participar yo, felizmente, de ese amor a la niñez con doble motivo: por ser maestra ya cuando apenas contaba diez y siete años, y por ser madre, me complace rendir un humilde homenaje a María Montessori, una de las más conspicuas representantes de las educadoras infantiles.

En el terreno de las ciencias filosóficas, sociales y políticas, donde no puede haber exactitud ni precisión, sino que las opiniones se entrechocan en el tumulto de las relatividades,

podrá haber quien admire o quien censure su método; a mí me basta su intención, su esfuerzo, sus resultados, para considerar a María Montessori una celebridad femenina.

Italiana, hija de Alejandro Montessori y de Renile Stoppani, consagróse desde sus primeros años juveniles a la enseñanza de la niñez.

La observación de una niña que hacía esfuerzos por realizar una tarea determinada, sin guía, sin sugestión extraña, le inspiró los primeros intentos de su método de enseñanza que después se ha hecho célebre.

Sus padres la secundaron, tomando parte en sus empeños, sacrificios y ansiedades, y la vida sólo les alcanzó para asistir a los experimentos iniciados con éxito, de la reforma educadora.

Intituló su obra fundamental "Il Metodo della Pedagogia Scientifica applicato all'educazione infantile nelle Case dei Bambini", y a poco este libro era traducido a diversos idiomas, entre ellos el nuestro, como lo han sido con posterioridad sus otros libros.

El Prof. Henry W. Holmes, de la Universidad de Harvard, en el prólogo puesto a la traducción del libro anterior, publicada con el título "The Montessori's Method" y hecha por Miss Anne E. George, escribe:

"Cabe dentro de los límites de un sano juicio el llamar el trabajo de la Doctora Montessori notable, nuevo e importante. Es notable, si no por otras razones, porque representa el esfuerzo constructivo de una mujer. No tenemos otro ejemplo de un sistema educativo original, por lo menos en su conjunto y en su aplicación práctica, elaborado e inaugurado por una mente y por una mano femeninas. Es notable también, porque brota de la intuición y de la simpatía combinadas de una mujer con una amplia visión social, con una preparación científica y con un intenso y largamente continuado estudio de los problemas educacionales, y, como coronamiento de todo, con una variada y no usual experiencia como maestra y como directora de educación. Ninguna otra mujer que haya tenido que luchar con los problemas de la Doctora Montessori —la educación de niños pequeños— ha llevado a esos problemas

recursos personales tan ricamente diversos, como ella. Además, ella ha consagrado esos recursos a su trabajo con tal entusiasmo y absoluto abandono, como lo hicieron Pestalozzi y Froebel; y presenta sus convicciones con un ardor apostólico, que reclama atención. Y un sistema que encierra tal capital de humano esfuerzo tiene que ser importante. Por otra parte, ciertos aspectos del sistema son por sí mismos atractivos y significativos: él adapta a la educación de niños normales, métodos y aparatos usados primitivamente sólo para los deficientes; está basado en una concepción radical de libertad para el educando; entraña un formal y elevado ejercicio separadamente de las facultades sensorias, motoras y mentales; y lleva a un rápido, fácil y sustancial dominio de los elementos relacionados con la lectura, la escritura y la aritmética...." (pp. XVII y XVIII).

María Montessori, después de todos estos trabajos, fue Profesora en la Universidad de Roma, en las Facultades de Ciencias Naturales y de Medicina, donde enseñó "Antropología Escolar", escribiendo más tarde el importantísimo volumen que lleva el título de aquel curso. Tiene también su "Manual del Método Montessori" que, como su nombre lo indica, es un compendio de su obra formal "El Método de la Pedagogía Científica aplicado a la Educación de la Infancia en la "Casa de Niños", y de éste es continuación otro libro tan importante como él: "La Auto Educación en la Escuela Elemental."

A María Montessori, junto con otros modernos educadores, como Pestalozzi y Froebel, les sonrían constantemente las generaciones de chiquillos que aprenden las letras entre flores, juguetes y colores, muy ajenos ya al viejo principio de que "la letra con sangre entra."

Y las madres sonreímos también con los chiquillos, a quienes no tenemos que forzar para ir a la escuela, en donde hoy aprenden a desarrollar su propia personalidad y sus facultades salientes, para destacarse algún día en el mundo de las artes, de las letras o de las ciencias.

HELEN KELLER

En los Estados Unidos ha sido grande mi perplejidad para escoger. Allí la mujer, sin traba alguna que la ate, sin prejuicios en contra de ella, sino impulsada por la corriente de empuje de todas las facilidades, de todas las aceptaciones, desarrolla mejor que en otro medio alguno las facultades con que ha sido dotada.

Parece un hecho filosófico en la Historia, que los genios se producen en grupos que actúan como estímulo unos de otros; y tal es el caso de la mujer norteamericana, al grado de que alguna publicación periódica reciente asegura: que de las novecientas ocupaciones registradas en las estadísticas, sólo tres habían dejado de ser aprovechadas con gran éxito por la mujer. Este es un hecho que puede tener orgulloso a nuestro sexo.

Pues bien, allí donde hay mujeres notabilísimas en todas las ramas del saber humano; allí donde hay tantas estrellas, pero cuyos fulgores de gran intensidad son a veces tan fugaces, que al deslumbrarnos no tienen tiempo para penetrar en nuestro espíritu, os vais a sorprender quizá de la heroína que he escogido.

Es una que en aquel mar de posibilidades fue atada por un destino inexorable e inexcrutable, a todas las privaciones; es una a quien faltándole todo lo que no es negado a casi nadie, se le dió un espíritu y un corazón y una voluntad tan admirablemente heroicos, que convirtió su vida en una lámpara capaz de alumbrar perpetuamente las más oscuras profundidades de las desdichas humanas.

Tal es Helen Keller, que nacida en Tuscumbia, Alabama, a los dos años quedara ciega, sordo-muda y sin olfato; y que después de una lucha larga para ser descrita, de una guerra contra la adversidad en que aquella y su admirable maestra Miss Sullivan, ganaron más victorias que el más victorioso caudillo, consiguió poseer una cultura que muy pocas mujeres pueden lograr.

Pasó por escuelas y colegios notabilísimos, hasta llegar a la Universidad de Harvard. Conoció y dominó el griego, el

latín, el francés, el alemán, el italiano; entre las ciencias, las Matemáticas y la Geometría, y toda clase de literaturas.

Tres son sus principales obras: "La Historia de mi vida", "El Mundo donde yo vivo" y "Optimismo." Y todas son notables; como literatura, por su pureza y corrección de estilo; como filosofía, por sus ideas capaces de elevar al ser más primitivo y abyecto. Son obras inapreciables, así como una grandiosa revelación del grado de adelanto tan admirable a que han llegado los métodos pedagógicos modernos, que han permitido el desenvolvimiento de otra admirable ciega y sordo-muda; Laura Dewey Bridgman.

Para daros una idea de las concepciones de Helen Keller, voy a citar algunos párrafos de uno de sus libros, que guardo hace años como tesoro inapreciable y que ha hecho asomar a mi semblante sonrisas de conformidad en los grandes dolores de la vida.

"Existe un gran error, dice, en considerar tan sólo el bien e ignorar el mal, pues ello conduce generalmente al desastre. Hay un optimismo peligroso: el de la ignorancia o la indiferencia. No basta decir que el siglo XX es la mejor edad en la historia de la humanidad y refugiarse de sus peligros en un cielo de benéficos ensueños. Es muy fácil a un individuo próspero en todos sentidos el ser optimista, sobre todo, cuando no se pone a remediar el mal ajeno. Yo desconfío del ciego optimismo de mi país que grita: "¡Bravo! ¡Estamos perfectamente! ¡Somos la nación más grande de la tierra!", cuando hay males terribles en su seno, que piden un pronto remedio y de los que no se hace caso. Ese es un falso optimismo; el optimista que no sabe lo que cuesta el bien es como una casa construída en arena. El hombre debe comprender el mal y haber probado el dolor, antes de declararse como verdadero optimista y de esperar convencer a otros de que tiene razón de ser la fe que él profesa." (pp. 15 y 16).

Y esta admirable mujer, a quien de acuerdo con sus propias teorías debemos considerar como perfectamente preparada para hablar de optimismo, ya que su vida entera es acaso un dolor, en otro lugar y a otro propósito nos dice:

"El más alto resultado de la educación es la tolerancia.

Antaño los hombres peleaban y morían por su fe, y se necesitaron muchos siglos para enseñarles el verdadero valor; el valor que reconoce en sus hermanos diferentes credos y libertad de conciencia. La tolerancia es el principio primero de la comunidad; es el espíritu que conserva los mejores pensamientos de los hombres. Ningún elemento desatado con furia contra el hombre, ningún cataclismo ha producido tantos estragos y ha cegado tantas vidas nobles como la intolerancia.” (p. 44).

¡Cuántas y cuán hondas reflexiones hace surgir en el espíritu el amplio y robusto criterio lleno de luminosidades en quien es físicamente ciega! ¡Cómo no sentirse valeroso para luchar contra la adversidad, al darse cuenta de la manera en que ha sabido vencerla esta singularísima batalladora!

CONCEPCION ARENAL

El indomable cuanto hermoso Cantábrico va a estrellar sus bravías olas a una playa que vió nacer a una eminentísima mujer, hija de una tierra pródiga sin igual en genios españoles. Es la tierra de la notable escritora Doña Emilia Pardo Bazán, de quien no os hablaré, pues sé bien cuánto la conocéis, aunque quizá no lo bastante para aquilatar debidamente sus méritos.

La mujer a quien voy a referirme es Concepción Arenal, nacida en Ferrol en 1820 y cuya especialidad fué el estudio de los problemas de criminalidad, beneficencia y otros que encierra la moderna Sociología.

Bastaría enumerar sus obras para darse cuenta de la enorme labor social de esta ilustre escritora. Tras de su libro “Manual del Visitador del Preso”, traducido a los diversos idiomas europeos, vinieron “La Beneficencia, la Filantropía y la Caridad”, “La Instrucción del Pueblo” y “La Pena de Deportación”, que fueron premiadas por la Academia de Ciencias Morales y Políticas; y alcanzaron gran éxito sus “Cartas a un Obrero”, “Cartas a un Señor”, “La Mujer del Porvenir”, “La Mujer en su Casa”, “La Condición de la Mujer en España”, algunos de los cuales han sido vertidos al inglés; y toda-

vía deben agregarse: "El Derecho de Gracia", "El Reo, el Pueblo y el Verdugo", "El Derecho de Gentes."

Independientemente de toda esta obra publicada, existen numerosos informes y estudios rendidos al Gobierno Español, en el carácter de Visitadora de Prisiones, que tuvo esta notable mujer.

Pero no hay que tomar en cuenta solamente la cantidad de su labor, sino su calidad, que hace que el criminalista Roeder declare que en Concepción Arenal encuentra "originalidad y elevación de ideas tales, que la colocan al nivel de los más eminentes pensadores; y que el Doctor inglés E. C. Williams, analizando los trabajos de la criminalista, asegure que "en esta materia la Sra. Arenal es una notabilidad no sólo en su país, sino en Europa." (Dic. Enc. de Salvat.)

Son tan importantes las ideas de Concepción Arenal respecto al crimen y a los criminales, que bien merecen ser conocidas algunas de ellas en este trabajo.

Así, por ejemplo, al estudiar a la mujer delincuente, hace constar que no es cierta la aseveración de que cuando una mujer es criminal resulta peor que el hombre. "Lo que hay, dice, es que en el juicio influye la impresión, y como es peor la que produce una mujer, que un hombre sanguinario, apreciamos el grado de maldad por el horror que inspira." (El Visitador del Preso, p. 228.)

Hace ver en seguida cómo la mujer, por regla general reincide menos que el hombre en el delito, y cree que la reincidencia puede evitarse si se buscan medios adecuados para ello; y al analizar estos medios, da una nueva muestra de la serenidad de su juicio al escribir:

"Uno de estos medios ¿quién lo ignora? es la religión que tiene en la mujer mucha más influencia que en el hombre, pero cuyo poder no hay que exagerar, porque religiosa era cuando deliquió, y sin dejar de serlo podrá volver a delinquir. La religión puede tener raíces profundas, tan profundas, que lleguen al fondo del alma y ser impotente para vencer la mala tentación; la mayor parte de las pecadoras no son impías, al menos con impiedad persistente, y ni dejan de creer, ni dejan de pecar.

“Conviene tenerlo presente para no hacerse la ilusión de que una delincuente esté regenerada porque confiese su culpa, porque la llore, porque se encomiende a Dios y sea asidua a las prácticas religiosas y devota ferviente; aunque su arrepentimiento sea sincero, su enmienda no es segura ” (Obra citada, pp. 229 y 230).

Concepción Arenal tiene un mérito extraordinario: de amar lo que hasta entonces se había execrado; de querer mejorar lo que simplemente se dejaba empeorar; de tratar de salvar a quienes se abandonaba para que acabaran de hundirse en la abyección.

En efecto: ¿qué derecho tenemos los humanos para infligir tormentos, privaciones, sufrimientos sin límites y aun muerte afrentosa a nuestros hermanos criminales? ¿Cómo se sienten los hombres con valor para lapidar a sus prójimos, desde que Jesucristo dijo: “El que esté limpio que tire la primera piedra”? Del juzgador al juzgado ¿quién pudiera decir cuál es el que merece una condena? ¿Y cómo puede la gran señora despreciar a la vil, ladronzuela, cuando sin escrúpulo y sin necesidad, pues tiene recursos en abundancia, escatima el salario a una fiel sirvienta y la extorsiona exigiéndole un trabajo excesivo o una complicidad odiosa?

Por eso tan atinadamente trataba Concepción Arenal de encontrar el remedio a la criminalidad, no en la reclusión de unos cuantos, sino en la reforma de la sociedad ya que el desquiciamiento de ésta es la causa verdadera del acrecentamiento de aquella criminalidad.

“El fanatismo político, escribe, el religioso, la falta de creencias, la anarquía, el despotismo, la ignorancia, la impunidad, las leyes injustas, la sed de goces materiales, la corrupción de las costumbres, etc., causas generales son que aumentan la criminalidad, sin aumentar la culpa del criminal; antes por el contrario, atenúanla, porque el mal ejemplo fue más repetido y la tentación más fuerte.

“La frecuencia de los crímenes prueba que hay causas generales que favorecen un incremento; a estas causas generales contribuyen todos, y no hay asomo de justicia en hacer que recaigan sus efectos solamente en unos pocos. Ciertamente que

el hombre debe y puede ser bueno siempre; pero ¿se negará que necesita voluntad más firme para cumplir su deber cuando la atmósfera moral que le rodea está saturada de malas tentaciones y de malos ejemplos? La misma perversa acción ¿no es mucho más culpable en el hijo de una familia honrada, que ha tenido siempre presentes modelos de virtud, que en aquel cuyos padres le han enseñado prácticamente el vicio o el crimen? Cuando esto se prueba ¿no parece un tanto disculpable el delincuente, y no se tienen por circunstancia atenuante los antecedentes de familia? Pues la gran familia del que infringe las leyes es la patria, y cuando ésta no es virtuosa, ni compasiva, ni honesta, ni justa, como acontece si en ella son frecuentes las infracciones legales, cuanto mayor sea esa frecuencia, que revela causas generales muy poderosas, mayor esfuerzo individual se necesita para perseverar en el bien, y alguna más excusa tiene el que hace mal. ¿No es evidente que entre malos tiene más mérito ser bueno? Pues si esto no se puede negar, hay que conceder que tiene más disculpa el que no lo es, y que siendo la frecuencia de los delitos prueba de maldad general, es circunstancia atenuante para el delincuente en particular." (El Derecho de Gracia ante la Justicia, y El Reo, el Pueblo y el Verdugo pp. 72 a 74).

Ahora bien, cierto es que hay que apartar de una comunidad a un elemento nocivo, pues amén de contagiar a otros, causa perjuicios en dicha comunidad; pero ¿por qué atormentarlo y envilecerlo, cuando quizá no tiene él la culpa de sus crímenes?

¿Qué de pasiones y ambiciones se han agitado en torno de las cárceles, cuando más criminales que los reclusos en ellas, eran los que arrojaban a sus enemigos a los plomos de Venecia, a las prisiones de Oriente infestadas de lepra, o a las tinajas de San Juan de Ulúa?

Las cosas visibles y las invisibles, las malas y las buenas, bullen juntas en el inexcrutable corazón humano, como en una caldera los metales preciosos en fusión se encuentran confundidos con elementos inútiles o nocivos, sin que nadie pueda apreciar exactamente la operación de interna depuración que entre ellos se verifica; nadie excepto aquel Ser Supremo

a quien sólo pertenece la justicia como una propiedad; justicia que tiene en cuenta todas las cosas relativas, porque ella es absoluta, y la cual nos reserva sorpresas asombrosas.

¿Cómo no considerar célebre a la mujer que oyendo los clamores de esa multitud doliente, más desgraciada que culpable, levantó una voz de protesta, voz potente, que se oyó en todos los ámbitos de Europa y cuyo eco el Océano trajo hasta nuestras playas? Esa voz no invocaba perdón, pero sí clemencia en favor de esos pobres que, acaso en su mayor parte, no saben lo que hacen.

Todo esto explica el que Galicia esté llena de estatuas en honor de Concepción Arenal; que Ferrol le haya dado su nombre a una de sus principales calles, y que España entera haya grabado su nombre con signos imborrables en la parte más sensible de su corazón.

Todo esto justifica que yo la considere como una de las mujeres más dignas de la veneración de la humanidad.

LA MUJER MEXICANA.

Y llego a mi país; y a pesar de encontrarme con muchas mujeres eminentes que han sobresalido en las letras, en las ciencias y aun en la política, resúltame por extremo difícil escoger, pues muy señalado sería el desaire a la mayoría en favorecer a una sola.

Por ello, haciendo caso omiso de nombres concretos, me he fijado en lo que para mí sería el ideal de la mujer mexicana, digna de que su nombre pase a la posteridad.

Para todos nosotros existe un nombre tan luminoso, tan incontaminado, tan sagrado, que culmina como la síntesis de todas las virtudes y de todos los heroísmos; y que brilla en el cielo de nuestra imaginación a través de la vida, desde la niñez hasta la ancianidad, con la intensa luz y singular pureza con que brilla Venus antes de que aparezcan los demás astros y cuando todos ellos se han ocultado.

Es sin duda, que semejante a ese planeta, es el más cercano a nosotros, y al par que refleja la luz del sol, nuestra madre refleja la luz de Dios.

Sí, tenía que nombrar a la madre mexicana, proverbialmente llena de abnegación, sinónimo de todo lo puro y dulce, y dispuesta a abdicar siempre su personalidad en pro de la paz del hogar; que no ha reclamado sus derechos, por temor a olvidar sus deberes, en el cumplimiento de los cuales ha llegado hasta el heroísmo, conquistando laureles de inmortalidad en el corazón de sus hijos.

Pero ¿la mujer mexicana, sin embargo, ha llegado ya al ideal perfecto? En todos los que me escuchan, si analizan con sinceridad sus sentimientos, seguro se está librando en este instante una doble batalla, que quizá otras veces han sostenido: ¿Qué clase, qué tipo de mujer prefieren?

¿Es justo que por el egoísmo de conservar cierta supremacía, por no querer modificar en lo más mínimo el tipo de esposa, de madre mexicana, esencialmente abnegada, vayan las mujeres de todos los países —de las que no se puede probar que sean menos buenas madres y esposas— formando un batallón de seres fuertes y conscientes que desarrollen toda su potencialidad en bien de la humanidad y de su patria, y seamos nosotras quienes permaneciendo rezagadas, nos convirtamos en objeto de tiranía por un lado, de menosprecio por el otro?

En el caso de elegir ¿prefieren una dulce compañera, una buena y pasiva ama de casa cuya comprensión intelectual —que en potencialidad quizá es fuerte, pero que se ha atrofiado a causa de la costumbre— casi no traspasa los límites de la iglesia y del hogar; que permanece alejada del mundo de los negocios de su padre o de su esposo, hasta el punto que al faltar éste ignora con qué recursos cuenta, y no sabe conservarlos y menos acrecentarlos, o a una mujer culta, educada en la escuela de la lucha intelectual; que se convierta en su colaboradora y consejera; que comparta sus trabajos y sus triunfos; que sea capaz de guiar a sus hijos no sólo moral, sino intelectualmente, que al volver éstos del colegio puedan consultarle sus dudas, y pueda ella resolver sus dificultades, que encontrándola intelectualmente igual a sus maestros, discutan con ella puntos delicados o escabrosos y ella pueda librar-

los con su ascendiente moral e intelectual de mil escollos, dejándoles la marca indeleble de sus ideas morales y buenas y marcándoles el sendero de la ciencia y del progreso?

¡Cuántas madres y esposas mexicanas hubieran salvado su hogar, si en vez de ser tolerantes con el abandono de sus esposos y con los vicios de sus hijos, unos y otros hubieran encontrado en el hogar los alicientes y el apoyo que fueron a buscar en otra parte!

No, no debemos envanecernos demasiado de la bondad y abnegación de las mujeres mexicanas, porque son bien delezna- bles y estériles tales virtudes, cuando no tienen por base un sentido moral recto, producto de la religión, de la cultura y de la ciencia.

Todos vosotros estáis viendo, que al faltarles el aliciente de ser tan fuertes, tan bien preparadas como vosotros mismos, toman entonces de la evolución forzosa que se produce a su alrededor, sólo la frivolidad y el relajamiento.

A mi modo de ver, la mujer mexicana no debe ser el trasto hermoso de bacarat o de bohemia o de simple barro, que recoja en el hogar el perfume de las caricias, el incienso de la adulación, las cenizas de los caprichos o el amargo licor de los vicios; sino un alma potente, un organismo vivo, pasivo al parecer, pero rigiendo ocultamente los destinos de su hogar con el acierto y perspicacia instintivos que le dé su naturaleza, con la sabiduría y aplomo que le dé una sana cultura.

Quisiera en la mujer mexicana, junto con su moral, producto de sus sentimientos religiosos, un poco más de ambición por conquistar el mundo intelectual; más actividad por realizar empresas útiles y perdurables, y otro tanto de cultura para conquistarse un lugar prominente no sólo en el corazón, sino en el espíritu y las actividades tanto de los individuos, como de la colectividad consciente, que debe de conducir y regenerar a la Patria.

Para que este ideal tome forma precisa y definida, es necesario que no le neguéis sus derechos ante el movimiento universal, ya que como dice Nemesio García Naranjo, todo lo que le déis por propio impulso y de buen grado, os ennoblecerá; todo lo que os exija y arrebate por la fuerza os hu-

millará, conduciéndoos a catástrofes irreparables.

Dejadla que tome parte en lo más elevado y trascendental de vuestra vida; vosotros solos fracasaréis, pues tiene ella en sus manos los resortes del bien y del mal. Tiene un instinto natural de embellecer su cuerpo; infundidle con ese instinto la necesidad de fortalecerlo, y asimismo la de embellecer su inteligencia con conocimientos profundos, fortaleciendo así su parte moral. Ella entonces fecundará la patria, infundiéndole una regeneradora savia de honradez, de virtud y de abnegación; que si mucho le dáis, mucho podréis exigirle.

Ya habéis demostrado, sin embargo, que comprendéis el noble anhelo de la mujer, haciéndome el honor de recibirme entre vosotros.

Me resta, pues, tan sólo para concluir, renovaros mis agradecimientos por la distinción que me habéis otorgado; ya que al honrarme a mí, honrar quisísteis, sin duda alguna, a la mujer mexicana.

México, 18 de febrero de 1930.

